

## CAPÍTULO 23

**D**esperté sobresaltada, esta vez sin la intervención de mi enemigo matutino que emite un sonido insoportable y repetitivo a la misma hora. Me incorporé sudorosa y taquicárdica a la vez, con las sábanas empapadas y revueltas. No recordaba exactamente la pesadilla, pero sí que era una caída al vacío continua, sin posibilidad de agarre a ningún saliente ni objeto, donde la gravedad me arrasaba inexorablemente a mi final. Un fin al que me resistía a la vez que buscaba como solución definitiva a mi deplorable existencia, sin argumentos lógicos y razonables que me dieran un hálito de esperanza. Un pensamiento dicotómico que imperaba en esa fase de mi inútil período vital. Convivía desde la muerte de Javi con una evidente ambivalencia emocional y sentimental hacia mi instinto de conservación.

Trencé mis manos alrededor de las rodillas y con el cuerpo flexionado sobre éstas lloré. Lloré por mí. Lloré por Javi. Lloré por mis padres y me alegré por mi hermana que ausente desconocía mi hipotímica vida. Tras enjugar las pocas lágrimas que me quedaban con la palma de la mano en un gesto de desesperación y rabia por

mi impotencia y para evitar que el desánimo dirigiera mi presente y reinase sobre mi futuro, me levanté rápido como si hubiera recibido una descarga eléctrica, casi explosivamente. Con determinación acudí a consumir café y, como diariamente hacía desde un año atrás, los antidepresivos de última generación inhibidores de la recaptación de serotonina. Funcionó al menos temporalmente mi dependiente remedio.

No sé por qué razón, evoqué a mi abuela materna, mediante una vívida imagen en la que sentada a su lado, durante la convulsa adolescencia, con mi cara girada hacia la suya, argumentaba ella que cuando las cosas no se desarrollan como inicialmente una espera, simplemente hay que afrontarlas desde otro punto de vista, con una perspectiva diferente. Buscar un cambio en la vida por insustancial o intrascendente que parezca, y, desde allí, construir muros con unos cimientos más consistentes y sólidos, alineándolos con la orientación que deseas para que sirvan de guía y cimientos en lo sucesivo.

Reviví con media sonrisa alquilada en la cara una de nuestras conversaciones:

—¿Cómo puedo hacer eso, abuelita? ¿Cómo puedo cambiar mi vida de un momento a otro?— le pregunté un día, cuando esos comentarios empezaban a calar en mí.

—Los grandes cambios empiezan por algo pequeño, sin importancia, y muchas pequeñas modificaciones suponen una gran diferencia con lo anterior. Nunca perpetúes tu vida en una sola dirección, la vida es movimiento, tu existencia es dinámica, nunca estática y generas cadencias de un lado al otro, como un péndulo que se adapta a las circunstancias. Recuerdas el dicho de Unamuno de yo soy yo y mis circunstancias? Pues esas influencias externas e internas modifican tu personalidad ahora que la estás formando y por supuesto tu conducta y ambas modifican esas circunstancias. Eres un todo, no la suma de tus partes y del exterior— respondía

ensimismada y aislada de todos los elementos circundantes, como si mi presencia fuese del todo incierta. Nunca supe qué le pasaba por la mente durante esas ausencias, pero sí que la quería con locura.

—¿Abuela?— interfería en sus pensamientos para arrastrarla de nuevo a la realidad

—¿Sabes qué?— dijo mirándome como extrañada de mi presencia. —Vamos a empezar ahora mismo, sin dilación. Como ya te expresé, un pequeño cambio significa mucho para cualquier persona, pero supone mucho más de lo que aparentemente parece para una mujer. Busca una ropa de colores muy vivos, unos zapatos cómodos pero llamativos y te haré un peinado diferente como tu bisabuela me hacía de pequeña— ratificó volviendo a una actividad frenética y contagiosa como el virus más infectivo.

Me vestí siguiendo su consejo y llenó un vaso de agua hasta la mitad. Volcó una moderada cantidad de azúcar removiendo hasta disolverla, mientras comentaba como una letanía que eso mismo necesitaban los problemas, agua y remover para que se diluyesen y desaparecieran de nuestro pensamiento más inmediato, con lo que conseguiríamos que no nos obsesionaran y se presentase la solución un poquito más clara. Si el azúcar son los problemas, el agua son las soluciones que los hacen desaparecer, pero para ello necesitamos remover, esto es, actuar. Así rezaba al tiempo que con un peine mojaba mis cabellos en la solución acuosa edulcorada y con giros ciertos de los dedos ensortijaba mi alisado pelo, dándole un aspecto más resistente a la tendencia genética que mostraban mis anejos cutáneos, creando fuerzas antigravitacionales donde antes no existían con dos sencillos componentes. Me sentí orgullosa de mi abuela, viendo como con los argumentos más nimios eran el asidero que buscaba para escapar de mi tristeza.

Veinte años después, esa mañana me imbuí de aquel espíritu y moldeé mi incipiente canoso cabello con aquel mejunje.

Abandoné mi domicilio, entré en el automóvil y me dispuse a volver al antro donde pasaba las visitas. Tras circular unos quinientos metros, el coche empezó a toser. Miré el indicativo del nivel de gasolina que registraba medio depósito, el nivel de temperatura era óptimo, pero el auto continuaba con sus accesos bruscos de tos y sacudidas de aceleración y desaceleración, protestando por el esfuerzo como lo haría un paciente terminal.

Mi indignación estaba en su cénit ya que había recogido el automóvil hacía menos de una semana y éste pedía a gritos otro ingreso en un geriátrico para objetos mecánicos. Lo estacioné como pude dando un portazo e introduciendo la llave para cerrarlo, pensando que posiblemente la baja definitiva era la mejor solución para los dos, para mi maltrecha economía que no soportaba los cuidados mecánico-sanitarios que el coche requería y para el auto ya que podría disfrutar de su merecida jubilación.

Caminé bajo los adormecedores rayos de sol que presagiaban un inicio veraniego caluroso, asfixiante, como el año anterior que las temperaturas habían llegado a máximos prácticamente intolerables. Este hecho dispuso la activación del protocolo de aviso para fallecimientos causados por golpe de calor, situación que se producía en ambientes generalmente laborales o deportivos.

Deambulé a paso vivo para llegar al trabajo sin demasiado retraso y cansarme lo suficiente para mostrar una actitud prudente y responsable. No lo conseguí o al menos no lo bastante para pasar desapercibida, y me refiero a la conducta, no al hecho de llegar tarde. Pasé por la puerta de entrada situada al lado de la entrada del público con el arco de detección de metales que permanecía cerrada hasta las nueve y en la que ya se acumulaba una cantidad relevante de personas dispuestas a llegar los primeros para que les resolviesen inmediatamente sus problemas o atendiesen sus solicitudes de forma

positiva para sus intereses. Saludé al personal de guardia y en el amplio vestíbulo giré a la derecha para dirigirme hacia el juzgado de guardia, estancia adyacente a los despachos de los médicos forenses.

Tras un breve vistazo al personal de guardia y preguntar por el menú diario de casos previstos para el día, acudí por fin a mi despreciable despacho, con una iluminación artificial y natural tan escasa como mis ganas de trabajar en ese detestable ambiente, lúgubre como un velatorio y tan exánime como los cadáveres que llevaba a mis espaldas en todos mis años de trabajo.

Al poco tiempo se presentaron dos componentes del grupo de investigación que se encargaba de los homicidios que habíamos tenido recientemente. Acudieron los habituales Raúl y Tania, con quienes tenía más confianza dados los años de contacto habitual en los sucesivos casos criminales en los que habíamos coincidido.

—Doctora, buenos días— cumplieron ambas figuras con los rituales sociales.

—Buenos días— contesté educadamente para no perder la sintonía de las buenas relaciones. —¿Cómo estáis chicos?

—Ana, veníamos a títulos informativo, visita oficial, pero solamente para darte a conocer los hechos que hasta el momento manejamos y las hipótesis en las que estamos trabajando. Por cierto, con otros médicos forenses, ya sabes, no se puede tener este intercambio de información, pero algunos de vosotros, incluida tú, sí podemos. Te lo agradecemos infinitamente— dijo Tania siempre resolutiva ella y sin rodeos.

—Muchas gracias— contesté casi amablemente. —Jamás he entendido el secretismo entre vosotros y nosotros. No tiene el más mínimo sentido que la información que ambas partes disponemos no sea fluida. El objetivo de ambos grupos es el mismo.

—¡Qué rara eres, Ana! La mayoría de forenses son demasiado celosos de los datos que manejan— me contestaron mirándose el uno al otro para reafirmarse entre ellos.

—No es que sean celosos. Pienso que existe una parte de inseguridad de los datos obtenidos y de la interpretación que le dan ellos mismos. Los datos que nosotros obtenemos del caso los necesitáis vosotros y los vuestros nos facilitan a nosotros la interpretación de lo que hallamos en el cadáver. Nos viene de perlas todo lo que nos digáis. Respecto a la primera afirmación que has hecho— me dirigía ahora a Tania- no soy rara, llámame curiosa, variopinta, peculiar o extraña, dime quizás interesante, singular, única o excepcional. Puede que algo pintoresca, anómala, especial o incluso notoria.- afirmé mientras los tres estallamos en carcajadas y se relajaba un poco el ambiente tenso que se crea delante de estos casos. La sensación de liberación tensional duró escasamente un minuto, el tiempo que esperaron para comunicarme el motivo principal de su visita.

—El último fallecido, Toribio Secirén, era un obrero de la construcción, de cuarenta y cuatro años y en paro desde hacía dos. Había comunicado la desaparición de su mujer tres años y medio antes. Según constaba en la denuncia se había marchado y sospechaba el denunciante una relación extramatrimonial que ella mantenía. Bueno, el caso es que de ella no se supo nada más, como no tenía más familia que su marido, un matrimonio sin hijos y sus relaciones con los vecinos eran las habituales o más bien escasas, al final el caso quedó en agua de borrajas. Nadie se interesó más por la supuesta huída. La investigación fue infructuosa y se acabó abandonando progresivamente conforme entraban casos supuestamente más graves y más actuales. Al volver a retomar todo el asunto se ha descubierto que el que mantenía la relación extramatrimonial con una jovencita era él. La relación sentimental entre el marido y la amante había continuado como pareja estable a lo largo de los años hasta que la situación se quebró por motivos económicos y la amante lo abandonó al quedar él en paro. La esposa, Encarnación Rubio que ya está totalmente identificada y según la ficha de desaparecidos, era de una estatura y complexión compatible con el esqueleto encontrado tras la biblioteca. Creo que se ha